

15. IMPLICACIONES PARA LA TEORÍA Y LAS POLÍTICAS

A. EL PODER Y LOS PELIGROS DE UNA INTERPRETACIÓN BASADA EN LA RECURRENCIA

Cuando se leen crónicas escritas por quienes vivieron alrededor de 1880 y 1890,¹ es difícil evitar el asombro ante las similitudes existentes entre la evolución de los motores complejos y los vapores en ese tiempo y la de los *chips* y computadoras ahora; entre los procesos de conformación de una economía mundial, mediante el transporte transcontinental y el telégrafo, y el actual proceso de globalización, mediante las telecomunicaciones y la internet. Guardando las necesarias distancias entre aquel contexto y éste, entre el poder de aquellas tecnologías y el de éstas, entre la visión del mundo de aquellos tiempos y la nuestra, podemos aprender a distinguir lo común y lo singular en todos esos procesos. Lo mismo ocurre cuando se leen las entusiastas descripciones de los éxitos económicos de la década de 1920² y los escritos similares sobre la ‘nueva economía’ en los recientes años noventa. Si se tiene disposición a aceptar la *recurrencia* como marco de referencia y la peculiaridad de cada periodo como objeto de estudio, entonces el poder de este tipo de interpretación se muestra con todo su vigor.

En la experiencia particular de la autora, quien no es historiadora ni economista financiera, el registro histórico se convirtió en laboratorio para poner a prueba las hipótesis del modelo.³ En esencia el trabajo consistió en llevar a cabo genuinos experimentos sobre regularidades. Una vez identificado un fenómeno que podía formar parte de una secuencia recurrente, era posible “hacer experimentos en el tiempo” para investigar sobre su aparición o no, una y otra vez, en cada fase histórica similar, siguiendo el modelo preliminar. De esa manera, por aproximaciones sucesivas, los diversos elementos del proceso podían ser descartados, modificados, o confirmados tentativamente. En algunos casos, se encontraron grandes dife-

¹ Véase, por ejemplo, Wells (1889:1893).

² Véase el Resumen Introductorio del llamado Hoover Report. Hoover (1929), pp. i-xxi.

³ Ésta es la posición de Gustav Schmoller, el principal exponente germano de la Escuela Histórica de la Economía, acerca del uso de la historia. Schmoller (1893), pp. 261-269.

rencias, como la inexistencia de un colapso en Inglaterra en el decenio de 1890, la preeminencia de las finanzas en la “era progresista” en los Estados Unidos, o la extraordinaria longitud de la depresión de los años treinta del siglo pasado en ese mismo país. Esos casos forzaron a la autora a escudriñar aún más y, al final, ello sirvió para remodelar y enriquecer las hipótesis. Un modelo construido sobre la base de cuatro casos y medio requiere de una estilización audaz y de una mente abierta a los resultados de la puesta a prueba. Naturalmente, el trabajo está lejos de haberse completado y las investigaciones futuras probablemente van a modificar y fortalecer estos resultados tentativos. Por el momento, queda al juicio del lector la utilidad del marco general.

Obviamente, cualquier aplicación dogmática o rígida del modelo desvirtuará su propósito. Su valor principal es poder servir como herramienta útil para organizar la riqueza de la vida real y no para forzar los hechos a fin de acomodarlos en casilleros estrechos.

Con esta propuesta en particular se corre el riesgo de querer encontrar fechas exactas para el final o el comienzo de una fase o periodo, cuando en la práctica la mayoría de los procesos aludidos se solapan y no permiten semejante precisión. La datación utilizada en este libro es básicamente una aproximación operativa para ayudar a transmitir las ideas. El peligro se hace aún mayor al analizar países particulares, dada la propagación desigual de cada revolución y el desplazamiento secuencial de las fases de un país a otro.

Existe también el riesgo de exceder los límites del determinismo más allá de lo que podría considerarse razonable en un escenario histórico real. Aunque a la tecnología le corresponda un sitio central en la explicación, la determinación es mutua. Ésta se encuentra tan determinada por los factores sociales e institucionales, la economía y las finanzas, como éstos lo están por la tecnología. Como lo ha mostrado Chris Freeman, la autonomía relativa de la ciencia, la tecnología, la política, la economía y la cultura debe ser tomada en cuenta en cualquier intento por explicar el modo como realmente ocurre cada proceso concreto de desarrollo.⁴ En particular, aunque es indudable que las guerras (entre naciones y civiles) tienen relación con los procesos analizados, ellas tienen su propia dinámica. Las guerras napoleónicas y la primera y segunda guerras mundiales obviamente dominaron las fases correspondientes del desarrollo económico y son responsables de muchos de sus rasgos específicos. Desafortunadamente, se puede decir lo

⁴ Freeman (1995), pp. 11-19 y Freeman y Louçã (2001), pp. 123-135.

mismo sobre los actuales conflictos, los cuales han sido denominados *nuevas guerras* por Mary Kaldor.⁵ Así, aunque las hipótesis explicativas presentadas aquí suponen una simplificación inevitable, cuando se usa el modelo para analizar casos históricos específicos hay que tener siempre en mente toda la complejidad de los lazos de retroalimentación.

Una dificultad adicional es la naturaleza interdisciplinaria del modelo. Si se le mira desde el punto de vista de cualquiera de las disciplinas en las cuales las ciencias sociales han venido dividiendo la realidad social, el valor del marco disminuye y se aleja de su intención.

Finalmente está la cuestión del nivel de abstracción. El modelo propuesto se refiere a una dinámica de largo plazo y no puede explicar eventos individuales. Obviamente, para analizar las crisis financieras es más aconsejable utilizar los modelos de Minsky o Kindleberger.⁶ El presente modelo puede ser útil para enriquecer la comprensión en tanto proporciona el contexto más amplio dentro del cual ocurre un pánico particular. Lo mismo se puede decir acerca de las innovaciones radicales específicas o sobre la introducción de cualquier institución regulatoria singular. Es una vista panorámica de sobrevuelo, en la cual la masa de los fenómenos se ordena de modo grueso, en términos de la tónica general del contexto.

La justificación de un ejercicio que pretende poner orden en el registro histórico a expensas de su infinita complejidad y riqueza es su valor heurístico. Todo cuanto se puede esperar de él es poder contar con una estructura con la cual hacer preguntas y contra la cual evaluar el grado de regularidad, y valorar plenamente la singularidad. No puede ser más que un instrumento sin filo e impreciso, cuyo poder depende de la inteligencia y flexibilidad con las que se utilice.

B. TIEMPOS CAMBIANTES; VISIONES CAMBIANTES

Si lo que se propone aquí se aproxima razonablemente al funcionamiento del sistema, se podría esperar encontrar huellas de estos cambios en la historia del pensamiento económico. Para comenzar, esto puede arrojar luz sobre el interés recurrente y cambiante en ciertos tópicos económicos. La última edición del libro de Kindleberger *Manias, Panics and Crashes* abre con el siguiente párrafo:

⁵ Kaldor (1999).

⁶ Minsky (1975 y 1982), Kindleberger (1978) [vc 1991].



En los estudios sobre economía es difícil hallar un tema más convencional que el de las crisis financieras. Si durante las décadas que siguieron a la segunda guerra mundial, después del torrente de los años treinta, aparecieron pocos libros sobre la materia, esto se ha debido a que la industria relativa a su producción reviste un carácter anticíclico y las recesiones acaecidas entre 1945 y 1973 fueron escasas, bastante espaciadas y marcadamente suaves. En años más recientes, con la recesión mundial de 1974-1975 y la tensión financiera de los ochenta, la industria se ha remontado. Así, cuando hizo su aparición en 1978, esta obra reflejaba el renovado interés por un viejo tema, un tema que adquirió una importancia creciente en la década siguiente.⁷

El modelo puede servir también para explicar los cambios en la intensidad de ciertos debates así como el flujo y reflujo de algunas posiciones. Por ejemplo, si la relación entre el capital financiero y el capital productivo efectivamente pasa por estadios de clara colaboración y de tenso desacomplamiento, los acalorados debates acerca del vínculo entre la economía real y la del dinero serían ‘ganados’ temporalmente por uno u otro bando. Esos cambios de visión fueron observados por Pigou cuando destacó cómo el dinero era visto alternativamente como un simple envoltorio de la producción o como un poderoso ‘genio maligno’, cuando se pasaba del despliegue a la despiadada instalación y de nuevo al despliegue, alrededor de las dos grandes guerras mundiales del siglo XX.⁸

Aunque las advertencias iniciales de Greenspan contra la ‘exuberancia irracional’ eran correctas, su afirmación posterior acerca de la llegada de una ‘nueva economía’, entendida como crecimiento sin ciclos, ocurrió justo cuando la euforia iba a dar paso al colapso del NASDAQ. Ello evocó las afirmaciones de Irving Fisher, brillante economista, quien tuvo el infortunio de declarar, a mediados de 1929, que “los precios de las acciones habían alcanzado lo que parecía ser un alto piso permanente”.⁹

El *Methodenstreit** entre la escuela histórica y los neoclásicos, el cual en la práctica expulsó al Estado, la sociedad y el contexto histórico de la teoría económica, tuvo lugar en el periodo de instalación de la tercera oleada, la cual, en la periodización propuesta aquí, es paralela al reciente periodo de instalación de la quinta, cuando los monetaristas derrotaron a los keynesianos.¹⁰

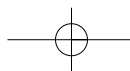
⁷ Kindleberger (1978:1996), p. 1. [vc (1991) p.1.]

⁸ Pigou (1949), pp. 18-19. Citado en la primera parte, cap. 1, p. 29 de este libro.

⁹ Citado por Galbraith (1990), p. 80.

* Debate sobre el Método en Economía. [T.]

¹⁰ Véase Hodgson (2001), *How Economics Forgot History*.





Dentro de un marco temporal más amplio, en el clásico de Heilbroner acerca de los ‘filósofos de la vida material’,¹¹ donde se ubica a todos los grandes pensadores económicos en su época específica, se vislumbra la posible fuente experiencial de algunas de sus interpretaciones. Si David Ricardo no hubiera sido un exitoso corredor de bolsa viviendo en medio de la madurez de la quinta oleada, quizás no hubiera percibido cómo el proteccionismo de las Leyes de Granos y el costo creciente de la tierra amenazaban los beneficios industriales, por lo cual podría no haber llegado a formular su teoría de las rentas. Si Veblen no hubiera vivido el ‘salvaje mundo’ de finales del siglo XIX, quizás no habría podido desarrollar su visión sobre el papel negativo del capital financiero en contraste con el de los ingenieros productivos. Si Keynes no hubiese experimentado ni la turbulencia de los años veinte ni el ‘mundo enfermo’ de los treinta posiblemente no habría buscado una explicación a la depresión ni una receta para salir de ella.

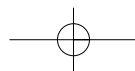
El capitalismo como objeto de estudio, evoluciona mediante oleadas de crecimiento sucesivas y distintas, las cuales a su vez pasan por diferentes fases, algunas caóticas, otras más sinérgicas, ninguna perdurable. Por ello puede ser altamente relevante preguntarse cuándo y dónde se desarrolló una teoría y especialmente cuándo y dónde ganó aceptación.¹² Más aún, el esperar que ocurra un cambio en la corriente —de una ‘ortodoxia’ a otra— se puede fundamentar en la comprensión de la naturaleza de la sociedad capitalista y su funcionamiento.

Si la naturaleza específica de ‘lo que está pasando’ tiene alguna influencia en la forma como los economistas, al igual que otros, interpretan el mundo, ello puede explicar la suerte pasajera de diferentes teorías en tiempos diferentes. El periodo de instalación extremadamente largo, iniciado en la década de 1970 y caracterizado por una libre competencia crecientemente globalizada, nutrió la idea de que el mercado era lo único importante, y que el Estado era incompetente y su influencia indeseable en la esfera económica. Después del colapso de la burbuja del NASDAQ y la llegada de la incertidumbre y la recesión, esta perspectiva comenzó a cambiar. La situación insostenible de un gran número de ‘economías en transición’ y países en desarrollo —o más bien ‘países en retroceso’—¹³ estaba llevando a cuestionar este dogma pasajero. A medida que el tiempo pasa y la libre

¹¹ Heilbroner (1953) [vc 1956].

¹² Reportado por Toporowski (2000), este punto fue desarrollado en términos metodológicos por Chick (1992) y por Kregel (1995).

¹³ Para un ejemplo particularmente trágico de este proceso véase el caso de Mongolia en Reinert (2001).



competencia es remplazada por oligopolios globales, como ha ocurrido en oleadas pasadas y ha estado ocurriendo en muchos sectores, es probable que surjan dudas nuevas y mayores. Gradualmente, con o sin una depresión verdaderamente profunda, es muy probable que una vez más se consideren necesarias las instituciones y la regulación. Quizás entonces los economistas y otros científicos sociales que le dan importancia a la combinación del Estado y el mercado puedan una vez más encontrar un buen lugar bajo el sol.

C. TIEMPOS CAMBIANTES, POLÍTICAS CAMBIANTES

La prueba definitiva de la utilidad de un modelo como el presentado aquí es su aplicación en la definición de políticas en el mundo de los negocios, de las organizaciones sociales o los gobiernos.

Aunque no se le asigna al modelo mayor capacidad de predicción, sí se sugiere que con frecuencia el futuro cercano no es la extrapolación del pasado cercano y que, mediante una aproximación razonable al estado de la secuencia en el cual nos encontramos, se puede avistar el rumbo aproximado del próximo cambio. Es posible, pues, que este marco sirva en alguna medida para guiar y brindar criterios para la acción en tiempos de grandes transformaciones. Es en esos momentos cuando se requiere ayuda para formular las preguntas pertinentes, tanto acerca del presente como del largo plazo, a fin de construir un mejor futuro. Como lo ha hecho notar Eric Hobsbawm, es el poder para reconocer los puntos de inflexión lo que puede ayudar a economistas, políticos y hombres de negocios a prepararse para la próxima guerra y no para la anterior.¹⁴

No se trata de una tarea pequeña. Si miramos en dirección de la historia reciente, podemos tener una medida de la audacia requerida para visualizar el futuro, incluso una o dos décadas hacia adelante. ¿Cuán fácil pudo haber sido, durante la depresión del decenio de 1930, concebir la posibilidad de políticas efectivas para el pleno empleo y el control de los ciclos económicos? ¿Cuántos pueden haber creído durante los años cuarenta, cuando la construcción de imperios todavía formaba parte de la agenda, que los países en desarrollo serían pronto independientes en su gran mayoría? O, a mitad de los años veinte, ¿cuán realistas parecerían las propuestas para apli-

¹⁴ Hobsbawm (1997), p. 162.



car regulaciones estrictas al capital financiero y para reconocer oficialmente a los sindicatos? ¿Cuántos, en los años sesenta, habrían podido anticipar el colapso de Bretton Woods, la estanflación, la desregulación y la declinación del Estado del bienestar? Sin embargo, retrospectivamente, es posible ubicar todos esos eventos en una secuencia comprensible en relación con las dos grandes oleadas involucradas.

Por lo tanto, la principal implicación práctica del modelo propuesto es permitir aprovechar cuanto pueda enseñar el pasado para considerar las políticas como apuntando a un blanco móvil. En cada oportunidad, el abanico para la creatividad humana en términos de respuestas viables estaría moldeado por la naturaleza de cada revolución tecnológica sucesiva y su paradigma, así como por el carácter de cada fase de su desenvolvimiento. Si las soluciones aplicadas son oportunas o retardadas, adecuadas o inadecuadas, ello dependerá de una multitud de factores culturales, políticos, económicos y otros, incluyendo las condiciones específicas de la economía nacional y mundial, y las decisiones previas de los actores más influyentes.

El diseño de políticas apropiadas siempre requiere reconocer el rumbo del cambio, mediante la comprensión del paradigma y la identificación de la fase de la oleada. Ninguna de estas tareas es sencilla y tanto la voluntad de comprender como los fines perseguidos al buscar soluciones estarán políticamente condicionados.

Al mismo tiempo, las ideas políticas no son inmunes a los cambios de paradigma en cuanto a su traducción en propuestas de acción efectivas. Los periodos de instalación son tiempos de bifurcación dentro de las agrupaciones políticas e ideológicas. Sea cual haya sido su forma específica en la oleada anterior y su ubicación aproximada entre la posición más individualista y la posición más socialmente responsable, cada grupo empezará a sufrir una división interna (véase figura 15.1).

La nueva línea se dibuja entre quienes miran hacia atrás con nostalgia, tratando de aferrarse a las prácticas del pasado y quienes abrazan el nuevo paradigma, proponiendo nuevas instituciones para adecuarse a las nuevas condiciones. Esto desdibuja la conexión anterior entre ciertos valores u objetivos y los medios específicos de alcanzarlos. Aunque los fines permanezcan intactos, los medios adecuados y viables para lograrlos se modifican con cada cambio de paradigma. Esto puede conducir a confusiones temporales, confrontaciones internas, divisiones, reorganización de los partidos tradicionales, a nuevos movimientos y otras formas de realineación, las cuales probablemente redefinirán el espectro político para las décadas por venir.

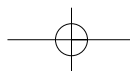
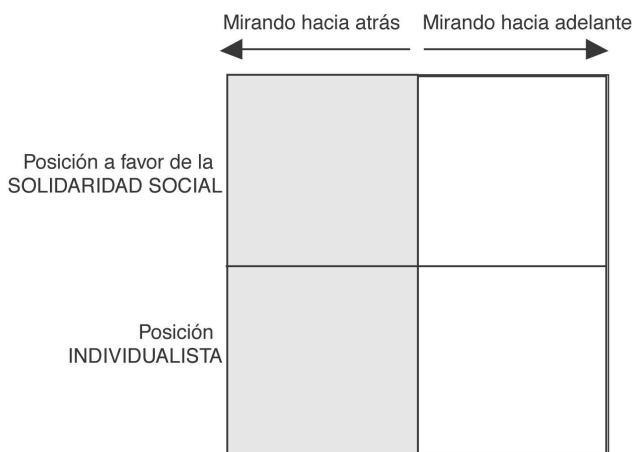


FIGURA 15.1

CAMBIO DE PARADIGMA Y BIFURCACIÓN POLÍTICA



FUENTE: Pérez (1998).

De este modo, la complejidad involucrada en el diseño de políticas durante estos periodos de cambio puede conducir a cierto caos emocional y político en los que parecían ser territorios estables y fronteras ideológicas bien definidas.

Sin embargo, si este modelo se aproxima razonablemente a la forma de operación del sistema, entonces sería prudente ocuparse del diseño de regulaciones e instituciones para tenerlas listas y en el terreno del debate cuando llegue el momento propicio a su aceptación. Esto es especialmente relevante en la fase de frenesí, cuando los intereses dominantes en la economía son los del mundo financiero —provisto además del poder para imponerlos— hasta que las tensiones económicas resultantes y las presiones políticas los hacen insostenibles o una gran debacle destruye su fuente de confianza. Esta idea subyace a la posición de Triffin quien al proponer cambios en el sistema monetario internacional decía: “Mis propuestas alternativas pueden no ser factibles ahora, pero quizá algún día, después de la catástrofe necesaria, podrán ser descubiertas y utilizadas.”¹⁵ Otro tanto

¹⁵ Citado por Strange (1998), p. 20.

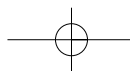


dijo Soros, cuando al proponer la creación de una corporación internacional de seguros para créditos, a fin de avalar los préstamos a los países en desarrollo, señaló que esa idea sólo sería aceptable cuando tanto los acreedores como los deudores estuvieran realmente asustados.¹⁶

Las propuestas sólo pueden ser efectivas, sin embargo, cuando toman en cuenta la mucha mayor lentitud del cambio institucional y su mayor complejidad cultural, con respecto al cambio tecnológico o económico. Sobreponerse a la inercia de intereses creados, prejuicios y dogmas de larga data, visiones culturales, rutinas prácticas y hábitos consolidados, especialmente cuando antes fueron exitosos, requiere de acontecimientos muy llamativos y presiones políticas poderosas. Además, durante el periodo de instalación, la atención tiende a concentrarse en la mitad ‘destruktiva’ del proceso de destrucción creadora institucional. La ineficacia de las viejas instituciones en el manejo de la revolución tecnológica emergente y el empeño del capital financiero en actuar libremente se juntan para desmantelar el marco regulatorio restrictivo. La confrontación entre los defensores del viejo régimen y los nuevos desreguladores agresivos —fortalecidos por estarse desenvolviendo en la cresta de la ola de la revolución tecnológica en medio de un mar de dificultades económicas— deja poco espacio para que sean propuestas y aceptadas las nuevas y modernas reglas requeridas. Por supuesto, incluso diseñar el marco apropiado es difícil antes de que el paradigma se haya configurado completamente. El potencial cuyo despliegue ha de ser fomentado sólo comienza a reconocerse después de un cierto grado de difusión. Del mismo modo, los problemas a superar sólo se pueden identificar después de haberlos confrontado.

Entonces, es posible representarse este modelo como una herramienta de advertencia temprana, capaz de proporcionar criterios para guiar la formulación de políticas. Sin embargo, para que sea realmente efectivo se requeriría una comprensión muy profunda y sutil de la naturaleza del sistema y de sus fuerzas motrices. ¿Sería acaso posible evitar las burbujas y sus consecuencias? ¿Podría algún agente institucional —o los capitalistas mismos— identificar el comienzo de la madurez y facilitar la próxima revolución y su florecimiento? ¿Es concebible prevenir la declinación de las viejas industrias, mediante la modernización consciente? ¿Podría gestionarse el traspaso de poder en el intervalo de reacomodo, evitando la recesión y las tensiones sociales que supone? ¿Implicaría todo esto la modificación de la naturaleza del capitalismo? O ¿se trataría más bien de lograr un conjunto

¹⁶ Citado por Strange (1998), pp. 189-190.





de reformas para la construcción de un estadio más humano del capitalismo, como en la noción sobre la Gran Transformación de Karl Polanyi¹⁷ o en la de Beveridge del Estado de Bienestar?¹⁸ Para dar respuesta a estas preguntas no sólo hay que investigar, sino también comprender hondamente las diversas complejidades humanas y sociales involucradas.

En forma más modesta, el modelo puede simplemente servir como marco de referencia para los actores sociales dentro del sistema tal como éste opera. Bajo esas circunstancias, es probable que quienes aprehendan el sentido de los tiempos, interpreten correctamente el potencial y la dirección del cambio, y entiendan con profundidad las características del paradigma relevante, tengan condiciones más favorables para alcanzar sus objetivos mediante propuestas viables y realistas.

¹⁷ Polanyi (1944).

¹⁸ Véase Beveridge (1944:1967).

